

Lo que en ellas sucede no atañe ya al género humano. Son de utilidad desconocida.

Es tal el aislamiento del peñasco Douvres, que alrededor, á cuanto alcanza la vista, no se descubre mas que el inmenso tormento de las olas.

II.

AGUARDIENTE INESPERADO.

El viernes por la mañana, al día siguiente de la partida de la *Tamaulipas*, la *Duranda* se hizo á la vela para Guernesey.

Zarpó de Saint-Malo á las nueve.

El tiempo estaba claro, sin ninguna nube; el viejo capitán Gertrais-Gaboureau había al parecer chocheado.

Las preocupaciones de sieur Clubin le habían decididamente impedido practicar su cargamento. No había embarcado mas que algunos artículos de París para las tiendas de comercio de Saint-Pierre Port, y tres cajas para el hospicio de Guernesey, una de jabon ordinario, otra de

velas, y otra de cuero de suela francés y de becerro escogido.

De su precedente cargamento se volvía á llevar una caja de azúcar terciada y tres cajas de té verde que la aduana francesa no había querido admitir.

Sieur Clubin había embarcado pocas reses; no había embarcado más que algunos bueyes que se hallaban en la sentina estivados con bastante negligencia.

Había á bordo seis pasajeros: un guernesiano, dos habitantes de Saint-Malo que comerciaban con ganado, un «turista,» como se decía ya en aquella época, un parisiense de la clase media, al parecer dependiente de una casa de comercio, y un americano que viajaba para repartir biblias.

Sin contar á Clubin, el capitán, la Duranda tenía siete hombres de tripulación: un timonel, un marinero carbonero, otro carpintero, un cocinero, que en caso necesario trabajaba en la maniobra, dos fogoneros y un grumete.

Uno de los dos fogoneros era al mismo tiempo maquinista. Este fogonero maquinista, muy bravo y muy inteligente, negro holandés, evadido de los ingenios de azúcar de Surinam, se llamaba Imbrancam.

El negro Imbrancam comprendía y servía admirablemente la máquina.

En los primeros tiempos, había contribuido, no poco, apareciendo enteramente negro entre el fuego y el humo, á dar un aspecto diabólico á la Duranda.

El timonel, guernesiano de nacimiento y cotentino de

origen, se llamaba Tangrouille. Tangrouille era de una alta nobleza.

Lo era. Las islas de la Mancha son, como Inglaterra, un país gerárquico. Allí hay aun dos castas. Las castas tienen sus ideas, que son sus prohibiciones. Estas ideas de las castas son en todas partes las mismas, en la India como en Alemania.

La nobleza se conquista con la espada y se pierde trabajándose. No hacer nada es vivir noblemente; el que no trabaja es honrado. Un oficio es una decadencia.

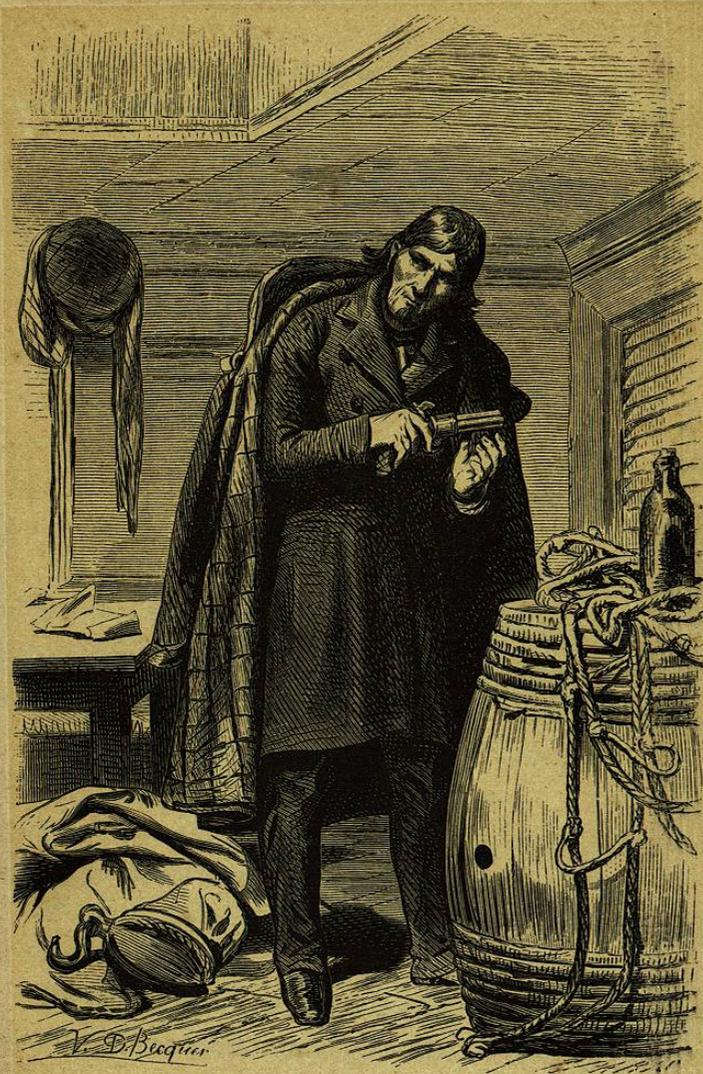
En otro tiempo, en Francia se exceptuaban solo de la regla general los vidrieros. Siendo una de las reglas de los hijo dalgos y los nobles vaciar botellas, no servia de deshonra el hacerlas.

En el archipiélago de la Mancha, é igualmente en la Gran Bretaña, el que quiere permanecer noble tiene que permanecer rico. Un workman no puede ser gentleman. Aunque lo hubiese sido dejaría de serlo. Tal ó cual marinero desciende de caballeros mesnaderos y no es mas que un marinero.

Treinta años atrás, en Aurigny, un Gorges auténtico, que habría tenido derechos al señorío de Gorges, conquistado por Felipe-Augusto, recogía ova y fuco en el mar enteramente descalzo.

Un Carteret es carretero en Serk. Hay en Jersey un trapero y en Guernesey un zapatero llamados Gruchy, que se declaran Gruchy y primos del mariscal de Waterlloo.

Los antiguos registros del obispado de Coutances ha-



SIEUR CLUBIN.

En mención de un señor de Tangroville, pariente incontestable de Tancarville sur la Basse-Seine, el cual es Montmorency. En el siglo XV Johan de Hérondeville, arquero del señor de Tangroville, llevaba detrás de él «su corselete y demás arneses.»

En mayo de 1371, en Pontorson, en presencia de Bertrand Duguesclin, «el señor de Tangroville ha cumplido con su deber como doncel.»

En las islas normandas, si la miseria sobreviene, la eliminación de la nobleza es pronta, bastando una variante en la pronunciación. *Tangroville* se convierte en *Tangrouille*, y no hay más que hablar.

Así le sucedió al timonel de la Duranda.

Hay en Saint-Pierre Port, en Bordage, un ropavejero llamado Ingrouille que es probablemente un Ingroville. Bajo Luis el Gordo, los Ingrovilles poseían tres parroquias en la elección de Velognes.

Un abate Trigan ha escrito la *Historia eclesiástica de Normandía*. El cronista Trigan era cura del señorío de Digoville. El señor de Digoville, si se hubiese vuelto plebeyo, se llamaría *Digouille*.

Tangrouille, Tancarville probable y Montmorency posible, tenía una antigua cualidad de hidalgo, defecto grave para un timonel; se embriagaba.

Sieur Clubin se había obstinado en no despedirle, y había respondido de él á mess Lethierry.

El timonel Tangrouille no salía jamás del buque y dormía á bordo.

La víspera de la marcha, cuando sieur Clubin, á hora bastante avanzada de la noche, había pasado á visitar el buque, Tangrouille estaba durmiendo en su coy.

Por la noche Tangrouille se había despertado, pues lo tenía de costumbre. Todo borracho que no es dueño de sí mismo tiene su escondrijo. Tangrouille tenía el suyo, que él llamaba su despensa. La despensa secreta de Tangrouille estaba en la sentina. Él la había colocado allí para hacerla inverosímil. Creía estar seguro de que él solo conocía el escondrijo.

El capitán Clubin, siendo sobrio, era severo. El poco ron y ginebra que el timonel podía librar del vigilante acecho del capitán, lo tenía en reserva en aquel rincón misterioso de la sentina en el fondo de una cuba ancha, y casi todas las noches tenía en la despensa una cita amorosa con la botella.

La vigilancia era rigurosa, la orgía era pobre, y ordinariamente los excesos nocturnos de Tangrouille se limitaban á dos ó tres tragos, echados furtivamente. Hasta algunas veces la despensa estaba vacía.

Aquella noche Tangrouille había hallado en ella una botella de aguardiente inesperada. Su alegría había sido grande, y su admiración mayor aun que su alegría. ¿De qué cielo le caía aquella botella? No pudo recordar cuándo ni cómo la había él traído al buque.

La bebió inmediatamente, hasta cierto punto por prudencia, temiendo que la descubrieran y cogieran el aguardiente. Luego echó el casco al mar. Al día siguiente, cuando se puso en el timón, Tangrouille oscilaba.

Gobernó sin embargo á poca diferencia como siempre. En cuanto á Clubin, sabido es que se volvió á la Posada Juan donde pasó la noche.

Clubin llevaba siempre debajo de la camisa un cinto de cuero en que guardaba unas veinte guineas, y no se lo quitaba sino de noche. En el interior del cinto habia un nombre, *sieur Clubin*, escrito de su puño y letra con tinta litográfica, que es indeleble.

Al levantarse, antes de partir, habia metido en el cinto la cajita de hierro que contenia los setenta y cinco mil francos en billetes, y después, como de costumbre, se lo puso alrededor de la cintura.

III.

CONVERSACIONES INTERRUMPIDAS.

La partida se hizo alegremente. Los viajeros, luego que hubieron colocado encima y debajo de los bancos sus maletas y sus abrigos, pasaron al buque la revista que es de rigor, habiéndola la costumbre hecho obligatoria.

Dos de los pasajeros, el turista y el parisiense, no habian visto nunca un buque de vapor, y á las primeras vueltas que dieron las ruedas, admiraron la espuma.

Después admiraron el humo.

Examinaron pieza por pieza, en la cubierta y en el sollado, todos los aprestos marítimos de argollas, grapas, ganchos y pernos, que á fuerza de precision son una